



“Capítulo VI”

p. 159-178

William Davis Robinson

Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.html>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO VI

Acción de San Juan de los Llanos. Toma del Jaral. Entrevista del general Mina con algunos jefes revolucionarios en El Sombrero. Propuesta de Mina para el canje de prisioneros. Acontecimientos en El Sombrero.

Al entrar al fuerte de El Sombrero, los oficiales y soldados del pequeño ejército de Mina esperaban disfrutar de unos cuantos días de reposo, pero el emprendedor general no pudo permanecer inactivo mientras se le ofrecía una ocasión de molestar a su enemigo. El día 28 se recibieron noticias de que un cuerpo realista, compuesto de setecientos hombres bajo el mando del *coronel don Felipe Castañón*, se había puesto en movimiento en dirección al fuerte y se hallaba en la población de San Felipe, distante de El Sombrero como trece leguas al este-noreste.

Castañón se había destacado por su actividad al sorprender partidas de patriotas y por las atrocidades que cometía. Su gobierno había recompensado su fidelidad al nombrarlo jefe de esta división y al concederle, como particular muestra de confianza, libertad para actuar como su discreción le dictara. Le estaba permitido moverse en cualquier dirección y entrar a la provincia que quisiera con su fuerza, que era una división volante. Consistía en trescientos hombres de excelente caballería y cuatrocientos de infantería. Sus movimientos eran rápidos, secretos y, por lo general, llevados a cabo al abrigo de la noche. Mantenía a toda la región del Bajío en estado de perpetua alarma. Invariablemente había salido victorioso y su nombre causaba tal terror que, a la larga, los patriotas no podían ser obligados a hacerle frente; todo individuo, fuera paisano o soldado, al mencionarse su nombre y suponerlo cerca, sólo pensaba en emprender la fuga.

En los últimos tiempos, en virtud de las órdenes del virrey Apodaca, era costumbre de los comandantes realistas el no dar muerte ni molestar a los campesinos que se hallaban bajo la jurisdicción de los patriotas, a menos que fueran apresados con las armas en la mano. Esta orden, por lo general, se cumplió, excepto en algunas acciones de saqueo; pero Castañón la desobedecía protervamente con todo aquel que caía en sus garras inmisericordes. La *Gazeta de México* rebosaba con sus partes, los que después de enumerar sus salvajes acciones invariablemente

terminaban informando al virrey que los prisioneros serían fusilados. Los viejos y los enfermos, las mujeres y los niños fueron víctimas por igual de su espíritu sanguinario y vengativo, así que cuando Castañón avanzaba todos huían a las montañas o se retiraban a escondrijos secretos en las barrancas para evitar su furia. Sin encontrar oposición, asesinaba y robaba de la manera más implacable a los infelices paisanos donde quiera que los encontraba, y desolaba todos los lugares por los que pasaba.

Mina, al tener noticias de que se acercaba, se regocijó por la oportunidad que se le brindaba de intentar detener los pasos de este feroz realista. Así, la tarde del día 28 salió con la fuerza efectiva de su división, en número de cerca de doscientos hombres, acompañado de don Pedro Moreno, con un destacamento de cincuenta hombres de infantería y ochenta lanceros bajo las órdenes de *don Encarnación Ortiz*. La división continuó su marcha hasta la medianoche cuando, al llegar a las ruinas de una hacienda, se le unieron algunos patriotas de infantería que aumentaron la partida a casi cuatrocientos hombres. A las tres de la mañana, la división hizo alto como a seis leguas de San Felipe. La luz del día le permitió ver a los compañeros que se le habían agregado durante la marcha. Era un grupo abigarrado que tan sólo aumentaba el número de las tropas pero no su fuerza. Sobre sus hombros traían una harapienta cobija, y ésta y un par de calzones constituían toda su vestimenta. Casi todos sus fusiles se hallaban enmohecidos, sin bayonetas, con los cerrojos descompuestos y muchos sin piedra de chispa. Estos hombres no estaban acostumbrados ni siquiera a una semblanza de disciplina, pues vivían en sus casas, desperdigados en una región de varias leguas, y habían sido reunidos repentinamente para esta expedición. Tal era la infantería aliada; pero de esto no debe inferirse que semejante descripción correspondiera a los lanceros que comandaba Ortiz.

Invariablemente, los patriotas ponían mucha atención a su caballería, de la que estaban muy orgullosos. Los lanceros de Ortiz montaban espléndidos caballos y cada uno llevaba una lanza o una carabina, pistolas o una espada y, aunque no tenían uniforme y se vestían de la misma forma grotesca que hemos descrito en una ocasión anterior, eran hombres intrépidos, bien parecidos, llenos de animación y de valor. ¡Desdichadas las filas enemigas cuando las atravesaban hombres como los que componían la caballería de Ortiz!

Al día siguiente, a las siete de la mañana, las tropas se hallaban en movimiento. Después de avanzar cosa de una legua, se descubrió al enemigo que se acercaba por el mismo camino, el que atravesaba una hermosa y ondulada llanura en terrenos de la hacienda de *San Juan de*

los Llanos, distante cinco leguas de la población de San Felipe. El lugar donde se llevó a cabo la acción estaba cerca de las ruinas de esta hacienda.

Mina ordenó a la división que se retirase detrás de una elevación del terreno, donde dio sus disposiciones con su acostumbrada prontitud y habilidad. La Guardia de Honor, el Regimiento de la Unión y la infantería de El Sombrero, que formaban una columna de noventa hombres, de los cuales cuarenta y cinco eran ciudadanos de los Estados Unidos, quedaron bajo el mando del coronel Young. El Primer Regimiento de línea y la infantería patriota formaron otra columna de ciento diez hombres bajo el coronel Márquez,¹ comandante del regimiento anterior. La caballería de la división, en número de noventa, era comandada por el mayor Maylefer; los lanceros iban encabezados por don Encarnación Ortiz, y a éstos se añadían los sirvientes armados.

Después de que el enemigo tomó posición, el general se adelantó, solo, hasta un tiro de fusil de su línea para hacer un reconocimiento. Su atuendo y la espléndida estampa de su caballo atrajeron de inmediato la atención de la infantería realista, la que le dirigió una descarga cerrada, aunque por fortuna sin consecuencias. La división de Mina quedó enormemente complacida por esta exhibición de su intrepidez, si bien muchos de sus oficiales lamentaron el ver que exponía de esta manera su persona.

Habiendo conseguido su objeto, regresó con sus tropas y dio orden de avanzar con rapidez al ataque. El coronel Young, a la cabeza de su columna, se adelantó velozmente bajo un fuego incesante de metralleta y fusilería, lanzó sobre la infantería enemiga una descarga cerrada y valerosamente cargó con la bayoneta. En ese momento el mayor Maylefer, a la cabeza de su caballería, cayó espada en mano sobre la caballería realista, que retrocedió en su totalidad. Los lanceros, al ver a los enemigos en desorden, se arrojaron con furia entre ellos; la derrota se hizo general y la victoria fue completa.

Se contaron *trescientos treinta y nueve* hombres muertos en el campo y *doscientos veinte* fueron tomados prisioneros. Cosa de *ciento cincuenta* de la mejor caballería pudieron escapar.

Entre los muertos se hallaban un coronel Ordóñez² y varios otros oficiales distinguidos. *Castañón*, el implacable enemigo de los patriotas, recibió una herida mortal, de la que expiró después de cabalgar unas cinco leguas de la escena de la batalla. La caballería persiguió a los realistas cerca de dos leguas, lo que aumentó sus pérdidas.

¹ Gabriel Márquez, teniente coronel, comandante del Primer Regimiento. Era originario de Nijarín, España, y murió en el ataque a León en julio de 1817.

² Coronel Cristóbal Ordóñez.

La gallardía que mostró el coronel Young en esta acción y el ardor de sus tropas pusieron un ejemplo que fue imitado por todo el resto de la división; de hecho, no pasaron más de ocho minutos desde que Mina dio la orden de avanzar hasta que el enemigo se halló en plena retirada. La pérdida de Mina consistió en *ocho muertos y nueve heridos*, pero entre los primeros se halló el valiente y hábil oficial *mayor Maylefer*. La pérdida de este hombre casi equilibró la victoria. El mayor era suizo y había sido oficial de dragones en el ejército francés; sirvió en España y era respetado por las tropas tanto por sus talentos militares como por su incansable atención a sus obligaciones.

A resultas de esta acción cayeron en manos de Mina *una pieza de campaña de bronce, un cañón de montaña, quinientos fusiles* —en su mayor parte de *fabricación inglesa*—, una gran cantidad de *pertrechos y todas las municiones y bagaje*.

Es digno de señalarse que durante esta acción el enemigo disparó su artillería con *pesos*. Suponemos que esto se debió a que se hallaban escasos de metralla porque, ciertamente, el estado de las finanzas del gobierno no podía permitirse tan extravagante forma de hacer la guerra. Mas, sea lo que sea, muchos de los soldados de Mina se pusieron felices al recoger esta nueva clase de proyectiles.

Mina regresó a su campamento de la noche anterior en medio de las felicitaciones de sus soldados; avanzó a la mañana siguiente y llegó a El Sombrero esa misma tarde. Una descarga de artillería anunció a los realistas de la Villa de León que un terrible desastre había acontecido a su causa.

La prensa republicana de Jaujilla hizo esparcir las noticias por las llanuras del Bajío y por la región dominada por los patriotas. La muerte de Castañón provocó el gozo universal de todas las clases de la población y los habitantes dieron todas las demostraciones de sus calurosos sentimientos en favor de la causa patriota. Los realistas tuvieron la pesadumbre de ver iluminaciones y de oír las descargas de cañón en todas direcciones a su alrededor, hasta sus mismas murallas. Las iglesias resonaron con el *tedéum*. De población en población retumbaron las alabanzas a Mina. Las viudas y los huérfanos de las víctimas de Castañón imploraron para el general las bendiciones del Cielo. Desde El Sombrero hasta los alrededores de la ciudad de México y desde San Luis Potosí a Zacatula, viejos y jóvenes entonaron himnos en honor de su salvador.

A partir de entonces, los realistas comenzaron a tener mayores motivos de inquietud. A diario veían aumentar la popularidad de Mina y a sus mejores tropas despedazadas por fuerzas inferiores. Sabían que la población del país estaba dispuesta a recibir al general con los brazos

abiertos en caso de que avanzara hacia México con una fuerza respetable, capaz de brindar una protección personal eficiente. Se daban cuenta de que las victorias de Mina provocarían un espíritu de desafecto, que ya había empezado a manifestarse en las filas realistas, y que cada batalla que ganase tendería a debilitar el lazo que hasta entonces había existido entre los realistas y el gobierno.

Éste fue el momento crítico en el que con verdad se puede decir que los destinos de la nación mexicana se hallaron en las manos de Mina. Si el *padre Torres* y los otros jefes revolucionarios, llevados por un amor genuino a su país y consagrados a sus intereses e independencia, se hubieran adelantado y puesto magnánimamente bajo la dirección del general los hombres y los recursos que entonces tenían a su disposición, la bandera de la revolución ondearía en este momento sobre las murallas de México y su libertad hubiera quedado decidida. Pero tan lejos se hallaban Torres y sus satélites de adoptar este importante y necesario paso que comenzaron a desbaratar cuanta medida tomaba Mina y, finalmente, hicieron que abortaran todos sus esfuerzos.

Después de unos cuantos días de descanso en El Sombrero, el general, acompañado de don Pedro Moreno, marchó con la división y un cuerpo de lanceros, que en total componían una fuerza de trescientos hombres, con el propósito de reducir la muy importante *hacienda del Jaral*, a veinte leguas al norte de Guanajuato. Como ésta es una de las haciendas más extensas y valiosas del reino de México, es interesante ofrecer aquí alguna información sobre ella.

El propietario de esta famosa hacienda es un criollo, llamado *don Juan de Moncada*, y de ella toma el título de marqués.³ Antes de la revolución era considerado como uno de los terratenientes más ricos de México, y en el año de 1810 guardaba en su propia mansión seis millones de pesos. La renta que le producían sus propiedades y los ingresos que obtenía de sus ganados y caballos —estos últimos son los mejores del reino—, y de sus siembras de trigo, maíz y *chile* (*capsicum*) eran inmensos. Se puede dar una idea de sus ingresos al decir que del solo cultivo del chile recibía más de veinticinco mil pesos anuales. Las grandes cantidades de este picante vegetal que se cultivan en casi todas las regiones de México asombran muchísimo a los extranjeros. En los distritos donde el suelo es propicio para su cultivo, vemos enormes cantidades de chile en todos los almacenes. Para todo propósito culinario este vegetal es tan imprescindible para los mexicanos como la sal es para los europeos y más todavía, porque un mexicano prefiere no tener pan a que le falte chile en la comida. En la mesa del rico y en la

³ Juan Nepomuceno Moncada y Berrio, tercer marqués del Jaral de Berrio, conde de San Mateo de Valparaíso y marqués de Moncada y Villafont.

del pobre constituye un artículo de lujo y, a la vez, indispensable. Tanto recién cortado como seco se consume en cantidades increíbles. Cuando se le muele y se le mezcla con un poco de agua es la salsa universal o condimento de las mesas de los ricos, mientras que entre los pobres forma parte importante de su dieta. Más de una tercera parte de la población mexicana vive todo el año de *tortillas* y chile, que se unta en ellas como nosotros usamos la mantequilla, sólo que en capas más gruesas. En los días de fiesta, esta pobre gente hace un cambio ocasional en su dieta al añadir unos cuantos huevos o un poco de consomé (caldo),⁴ pero nunca se abstiene de usar su chile favorito. El extranjero que atraviesa el país tiene mucha dificultad durante los primeros meses para aguantar la comida preparada con chile pero, una vez que se acostumbra a este estímulo su paladar deja de excoriarse y, por lo general, se vuelve tan aficionado al chile como los indios y los criollos.

En las vastas heredades del marqués del Jaral, que se extienden a *lo largo de más de doscientas millas*, los miserables labradores subsisten, como es costumbre en todo México, casi únicamente de *tortillas* y chile. Ninguna región del mundo presenta tan impresionantes y monstruosos contrastes de riqueza y de miseria, tanto en el campo como en las ciudades, como México. Contemplamos al dueño de una hacienda ataviado en un estilo de costosa pero vulgar extravagancia. Lleva un par de botas hechas en el campo que cuestan de cincuenta a cien pesos, enormes espuelas incrustadas de oro y plata, un soberbio caballo con una brida y una silla que cuestan de ciento cincuenta a trescientos pesos, una capa o manga⁵ ricamente bordada y llena de botones de oro y plata, cordones y flecos. Vive en una espaciosa casa, cuyos muros encierran todas las comodidades que el país ofrece; pero cuando sale de ella se pierde entre un grupo de infelices medio desnudos y mal alimentados, cuyo único atuendo es una piel de borrego, si se hallan en el campo y, si en la ciudad, sus hombros van cubiertos por una cobija o una sábana vieja, que les sirve de vestido por el día y de cama por la noche. Ninguna atención presta el señor de la tierra a la comodidad o a las necesidades de sus arrendatarios o vasallos, y no existe bajo la bóveda del cielo ninguna raza de campesinos más desgraciada que los indios que trabajan en estas tierras o en los distritos mineros. Su diario jornal es de veinticinco centavos, o dos reales, con los que tienen que vestirse y alimentarse él y su familia, y pagar las exacciones al gobierno y a la Iglesia. No es de admirar, pues, que rara vez pruebe la carne. De hecho, es mejor la situación de un negro campesino en Georgia, a pesar de lo que digan en contra todos los escritores realistas.

⁴ “(caldo)” en español en la edición de 1820.

⁵ “mangas” en español en la edición de 1820.

Las clases más pobres son más infelices y numerosas en la ciudades que en el campo. En algunos lugares se les llama *guachinangos*; en otros *zaragates*, *léperos* y *pelados*. En la ciudad de México el total de esta clase de seres miserables se calcula en *treinta mil* individuos, o sea *como una cuarta parte* de la población. Algunos muestran una gran inventiva y revelan lo que podría hacerse con ellos si estuvieran en otras circunstancias. Trabajan bellamente la cera, los ornamentos de oro y plata, la pintura, la escultura y la fabricación de cajas de cuentas, pero no conocen el valor de sus trabajos. Cuando se hallan impelidos por el hambre o ansiosos de obtener algún dinero para gastarlo en los días de fiesta, los hemos visto vender por unos cuantos reales piezas de exquisita manufactura en las que habían invertido semanas de trabajo.

La mayoría de estos desgraciados vive en la ociosidad y se mantiene por medio del juego que, por supuesto, acarrea consigo todos los demás vicios. Nada puede describir con más fuerza no sólo la política defectuosa sino las características terribles del gobierno español que la existencia de tanta miseria en un país que posee el mejor suelo y clima de la Tierra y donde la población actual no es ni *una milésima parte* de la que podría mantenerse con los recursos físicos de esta bella sección del continente americano.

Los magníficos edificios de la ciudad de México, el esplendor personal que rodea al virrey y a todos los oficiales del gobierno, los costosos templos para el culto divino, las suntuosas exhibiciones de las procesiones religiosas, al ser contrastados con los tristes semblantes y apariencia desgraciada de los pobres mexicanos señalan el reinado de la extorsión, de la exaltación personal, de la superstición y de la ignorancia. Pero regresemos al marqués del Jaral, quien había desempeñado un papel distinguido en la revolución por su decidida oposición a los patriotas y por sus dádivas generosas al rey: había levantado el regimiento de dragones que lleva su nombre, del que había sido nombrado coronel. Las demandas de su propio partido y las incursiones ocasionales de los patriotas habían disminuido severamente sus rentas, pero poseía todavía varios millones y se suponía que había enterrado en distintos lugares una cantidad muy grande en efectivo. Esta práctica de enterrar dinero se ha vuelto muy frecuente desde la revolución, tanto entre los patriotas como entre los realistas, y muchos de ellos no revelan el secreto sino hasta que se hallan a las puertas de la muerte. Enormes sumas permanecen todavía enterradas, al quedar sus dueños inesperadamente aislados por los partidos en contienda, y sus poseedores, antes de revelar dónde se encuentran, las han dejado fuera de la circulación. Temerosos de esconder demasiado dinero en sus edificios, por lo general han transportado sus tesoros a regiones poco frecuentadas

de las montañas, así que rara vez ocurre que vuelvan a ver la luz. Sin embargo, ha habido casos de lo que los americanos llaman, apropiadamente, *“una resurrección”*.

La hacienda del Jaral, como ya hemos dicho, era de enorme extensión; en ella se hallaba una gran mansión y varios edificios hermosos y de valor, y reunía en su interior todas las comodidades necesarias en cuanto a casas habitación, almacenes, etcétera, etcétera. También había en ella extensos graneros, una pulcra iglesia y algunos cómodos edificios que pertenecían a los dependientes principales del marqués, además de un gran número de casas de campesinos.

Jaral, como todas las haciendas importantes que pertenecían a los realistas, se hallaba fortificada y guarnecida a expensas de su propietario. Estaba amurallada y rodeada de un foso. Como desde hacía algún tiempo los patriotas de los alrededores habían ido disminuyendo en número y en actividad, no se tenía ningún temor a un ataque, en especial de Mina, pues la distancia a que se hallaba era considerada por el marqués como protección suficiente, ya que suponía que no le sería posible acercarse a la hacienda atravesando la zona habitada por sus dependientes, que la rodeaban por varias millas, sin recibir información oportuna. Con esta idea, el marqués y su familia la habitaban, según suponían, en perfecta seguridad. La tropa que había escapado del desastre de San Juan de los Llanos se hallaba acuartelada en el lugar y, con su guarnición, la fuerza militar del Jaral se componía de más de trescientos hombres y tres piezas de artillería.

En su empresa contra esta hacienda Mina dio muestras de su peculiar talento para las expediciones de guerrillas. Aunque el camino atravesaba los dominios densamente poblados del marqués, por donde debía marchar por dos o tres horas durante el segundo día de haber salido del fuerte, fue tal el buen manejo y juicio del general que su avanzada llegó a la vista de la hacienda antes de que el marqués tuviera aviso de que se acercaba; y si el coronel Novoa, quien se hallaba al mando de la vanguardia, hubiera obedecido estrictamente las órdenes de Mina, el marqués y la guarnición hubieran caído en sus manos. Sin embargo, tuvieron el tiempo preciso para salvarse, dándose a una fuga precipitada. Los restos de la guarnición de Castañón no tenían ningún deseo de medir de nuevo su fuerza con Mina y decidieron que lo más seguro era acompañar al marqués, con quien huyeron hacia San Luis Potosí. Era de noche cuando la división entró en la hacienda. El general, que ignoraba la fuga del enemigo, se sorprendió al no encontrar resistencia y creyó probable que se hubiera emboscado. Sin embargo, al llegar a la mansión, fue recibido en la entrada por el cura, quien le dio la bienvenida por haber arribado al Jaral y le informó de la repentina huida

del marqués, presentándole al mismo tiempo respetuosos saludos de su parte, así como su petición de que considerara a la hacienda y todo lo que contenía a su disposición, aunque aclaró que el marqués esperaba que Mina perdonaría los edificios.

De inmediato el general dio órdenes a sus tropas de respetar la propiedad privada y de abstenerse de maltratar a los habitantes. Asimismo, éstos fueron enterados de las disposiciones anteriores y se les pidió que en caso de cualquier violación informasen al cuartel general para que los causantes pudieran recibir el castigo que merecían.

Temprano a la mañana siguiente se hizo una investigación para averiguar dónde se habían enterrado los tesoros. Uno de los sirvientes del marqués informó que cierta cantidad de monedas estaba escondida bajo el piso de un cuarto pequeño, inmediato a la cocina. Después de excavar hasta una profundidad considerable, la pala arrojó tierra mezclada con pesos sueltos. La excavación continuó cosa de tres horas y durante este tiempo Mina distribuyó algunos pesos entre las tropas que, al oír las noticias, habían acudido al lugar para presenciar tan novedoso espectáculo.

Las únicas personas admitidas en la habitación donde se llevaba a cabo la excavación fueron don Pedro Moreno, don Encarnación Ortiz, tres oficiales del estado mayor de Mina y los trabajadores, habiéndose colocado centinelas a la puerta para impedir la entrada a los demás. Después de terminada la operación, el tesorero hizo una estimación del total encontrado, que sumó ciento cuarenta mil pesos. Se dijo que don Pedro Moreno y algún otro de los jefes se habían embolsado en secreto varios *dobloones*, lo que es muy probable que haya sucedido; este dinero, por supuesto, no se incluyó en el cálculo.

En una esquina de la mansión del marqués se hallaba un almacén, aprovisionado con diferentes artículos para el uso de la hacienda. Al frente guardaba géneros de fabricación inglesa y del país y en la parte de atrás se encontraba un depósito de azúcar, cacao, aguardiente y otros artículos. Como los géneros manufacturados eran muy necesarios a las tropas, se les distribuyeron; pero era tan pequeña la cantidad que de ellos había que aquellos a quienes se repartieron obtuvieron una parte insignificante, y muchos no recibieron nada. Se cuidó en especial de los aguardientes y no se movió de su lugar ninguna cosa del almacén de atrás. Los géneros, el dinero en efectivo y unos cuantos caballos y bueyes fueron todo lo que se tomó. El dinero se puso en carros y esa misma tarde la división se formó para emprender el regreso.

Durante el día había llegado de San Luis Potosí un desertor, quien informó que al arribar a esta ciudad el marqués, no sintiéndose seguro, siguió adelante, y que sus habitantes aguardaban ansiosamente la

llegada de Mina, listos para recibirlo con los brazos abiertos. No podemos certificar este hecho, pero por información posterior sabemos que la población de San Luis se hallaba por entonces madura para una revuelta.

El progreso de la división era tan lento, a causa de que los carros eran pesados y torpes, que al día siguiente se consiguieron algunos burros en San Felipe y sus alrededores y, después de pasar a ellos el dinero, los carros y los bueyes, a excepción de diez, se enviaron de regreso al Jaral. Con ellos Mina envió sus mejores saludos al marqués, a quien también le envió seguridades de que en el futuro tendría el honor de visitar de nuevo la hacienda.

A la tarde siguiente, el general recibió noticias de que algunas tropas se hallaban en un rancho, distante tres leguas del fuerte, donde pensaba hacer alto esa noche. Como se suponía que dichas tropas pertenecían al enemigo, se envió una partida de reconocimiento para asegurarse de ello, la que regresó con la noticia de que eran amigas. Antes de llegar al rancho, oscureció por completo y comenzó a llover, lo que hizo difícil el mantener a los burros en recuas, y al llegar al rancho faltaban dos o tres bolsas de monedas. Después se supo que algunos de los de la guardia encargada del tesoro se habían apropiado de unos cuantos miles de pesos para su uso personal, aprovechándose de la oscuridad de la noche.

En el rancho, Mina se encontró con el coronel don Miguel Borja, comandante del distrito de la hacienda de Burras, quien le informó que su *excelencia*, el general Torres, el doctor don José de San Martín y otros distinguidos patriotas se hallaban en El Sombrero, a donde habían llegado para presentarle sus respetos y para felicitar al general. Así, pues, temprano al día siguiente, Mina salió para encontrarse con estos jefes republicanos, y la división con su presa entró al fuerte en el curso de la mañana bajo una salva de artillería, cuyos ecos importunos avisaban de nuevo a los vasallos de Fernando VII en León algún revés de sus armas.

Se contó entonces el dinero en la caja militar, y resultaron ser ciento siete mil pesos en lugar de los ciento cuarenta mil calculados anteriormente.

El gobierno español ha declarado (sin duda de acuerdo con las representaciones del marqués) que el valor de la propiedad robada en el Jaral fue de trescientos seis mil cuatrocientos pesos, a saber:

Dinero acuñado	\$ 150 000
Dinero regional.....	33 300
Barras de plata y ropa.....	86 000
Artículos tomados de los almacenes	30 000
Maíz	5 000
150 bueyes, a \$ 14 cada uno	2 100
	\$ 306 400

Es posible que el marqués haya perdido propiedades que alcanzaban la suma anterior, pero afirmamos positivamente que no fue éste el importe capturado por Mina y que dos de los renglones señalados también son falsos. Si es cierto que el marqués ha hecho semejante declaración a su gobierno, no sólo ha faltado a la verdad sino que ha actuado de manera muy poco generosa con el general. Suponiendo que don Pedro Moreno o cualquier otro de los jefes patriotas hubiera entrado al Jaral como vencedor, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias, de acuerdo con la práctica común de patriotas y realistas en ocasiones semejantes? Le preguntamos al marqués: ¿se hubiera respetado la propiedad privada o se hubieran refrenado los desórdenes de las tropas? ¿No hubieran saqueado la hacienda, así como la mansión y las casas de los dependientes? ¿No hubieran vaciado los almacenes y los graneros y se hubieran llevado todo el ganado a su alcance? Y después de cometer estos actos, ¿no hubieran puesto final a la escena envolviendo en llamas la hacienda y todo aquello que no se hubieran podido llevar? ¿Y no es también probable que incluso algunos dependientes del marqués hubieran perdido la vida?

En honor de Mina repetimos una vez más que era enemigo de todo acto de rapiña o de crueldad. La clemencia marcó cada paso de su marcha, invariablemente trató a todo enemigo mezquino con una generosidad que no merecía y jamás en ocasión alguna molestó o maltrató a las víctimas que cayeron en su poder.

Admitimos la *posibilidad* de que el total del dinero haya sido de ciento cincuenta mil pesos; pero, como ya dijimos, solamente se recibieron en la caja ciento siete mil. La cantidad distribuida entre la tropa, lo robado por la guardia y los doblones tomados por los jefes patriotas pudo haber llegado a cuarenta y tres mil pesos, pero lo consideramos dudoso.

El renglón del dinero regional en esta cuenta no es correcto, ni tampoco se tomó una sola barra de plata. Por el cuño de las monedas sabemos que debieron haberse enterrado desde 1810 o 1811, cuando el dinero regional no se conocía. El cargo de haber tomado ropa es también del todo falso, pues al haber prohibido a las tropas entrar a la casa no tuvieron oportunidad de saquear. El cuartel general se estableció en la mansión del marqués, a donde sólo el estado mayor y los oficiales superiores tuvieron acceso. La mesa era servida con la plata que pertenecía al marqués, cuyo valor era considerable y, sin embargo, toda ella fue respetada. ¿No es entonces inverosímil el que se haya tomado la ropa con preferencia a la plata? El hecho es que no se tocó una sola pieza del guardarropa del marqués, a excepción de un par de botas de campo ricamente bordadas, las que con una silla de montar se regalaron a

Ortiz. Una espada montada en oro y un chacó se dieron asimismo a un oficial.

La totalidad de los géneros del almacén pudiera valuarse posiblemente en treinta mil pesos, pero la porción que se distribuyó entre las tropas no llegó a un tercio de esa suma.

No se tomó azúcar, cacao, ni ningún artículo del almacén de atrás, a excepción de un barril pequeño, de quince galones, de un vino de jerez medianamente bueno que bebieron algunos de los oficiales a la salud del marqués y por el triunfo de la causa de la independencia mexicana.

El renglón de maíz por cinco mil pesos es otro error palpable. El consumo de dos días no llegaba a cien pesos y no se tomó ni una fanega. En cuanto al cargo por los bueyes, es igualmente ridículo porque, como ya señalamos, se tomaron tan sólo diez.

Creemos más que probable que los dependientes del marqués, aprovechándose de las circunstancias, hayan podido robar a su amo pensando que todo lo que se echara de menos en la hacienda se achacaría a la incursión de Mina, pero en consideración a la reputación del general debemos ser muy minuciosos al rechazar estos falsos e insidiosos ataques hechos a su carácter por la *Gazeta de México* en relación a lo ocurrido en el Jaral.

Las exageraciones y falsedades que se han publicado en esa famosa *Gazeta* han sido uno de los resortes principales en la maquinaria del gobierno, el que ciertamente puede ufanarse de tener el control absoluto de la prensa, pues a esta circunstancia más que a ninguna otra se puede atribuir el éxito de los realistas, que proviene de la ignorancia de los patriotas o más bien de las falsedades que ha hecho correr entre ellos la *Gazeta* realista desde que comenzó la revolución hasta el presente día.

La entrevista realizada en El Sombrero entre el general y los jefes republicanos que mencionamos antes pareció llevarse a cabo con toda sinceridad. No dudamos que, a excepción del padre Torres, todos los demás individuos que visitaron a Mina se hallaban no sólo dispuestos sinceramente a cooperar con él sino que sus protestas de adhesión y gratitud por los importantes servicios que había brindado a la causa de la independencia fueron realmente genuinas.

Las victorias de Mina, su empresa misma, su trato agradable y su fama y popularidad cada vez más extendidas parecían calculados para despertar las diabólicas pasiones que reinaban en el pecho del envidioso Torres. Vio al héroe de Navarra como a un intruso importuno que pronto destruiría la efímera autoridad que ejercía por entonces. Percibió en el general una energía de carácter y una superioridad de talento que

de inmediato lo elevarían a una exaltada posición entre los mexicanos, por lo que muy pronto Torres se vería suplantado en la sede del poder. Estas suposiciones, mezcladas con una depravación innata, hicieron que viera al noble Mina con ojos rencorosos y, sin duda, de inmediato resolvió secretamente destruirlo. De hecho, Torres apenas tuvo la suficiente maña o prudencia para ocultar la envidia que enconaba su pecho.

El padre dijo que, en consideración a los talentos militares y a la fama de Mina, no tenía objeciones para colocarse bajo sus órdenes; pero al mismo tiempo le suplicaba no olvidara que éste era un acto de condescendencia porque él (el padre) era su superior en rango. Sin embargo, cuando los intereses de la república así lo requieran, se enorgullecía de tener una oportunidad de mostrar su dedicación al bien público, actuando bajo un jefe militar tan experimentado. La *forma* en que se expresaron estos sentimientos no escapó a la penetración del coronel Young, quien se hallaba presente y había examinado con atención el semblante del padre durante toda la entrevista.

A los principales jefes republicanos, Mina les manifestó su perfecta obediencia y devoción a su gobierno, y con su franqueza característica les expresó claramente sus motivos para haber abrazado la causa de la emancipación de América. Declaró entonces su firme resolución de triunfar o perecer en la lucha; les dio a conocer todos sus planes; expuso ante sus ojos la situación en que se hallaban; manifestó también sus puntos de vista sobre el método a seguir para hacer la guerra en el futuro, e intentó convencerlos del apoyo que gustosamente brindarían a la causa sus amigos extranjeros; les señaló el valor fundamental de una afectuosa cooperación, y los instó, como hombres y como mexicanos, defensores de la libertad de su país, a unírsele en sentimientos y acciones contra el enemigo común de su tierra. Les expresó su firme convicción de que con los debidos esfuerzos efectuados dentro del país y con la ayuda que, en ese caso, podía brindarse desde fuera, la causa de la libertad no dejaría de verse coronada por el éxito.

Jamás se mostró el carácter de Mina con tanta superioridad como al expresar estos sentimientos puros y patrióticos. Tanto los jefes de la república como sus propios oficiales que se hallaban presentes lo escucharon con admiración y todos los corazones respondieron con gratitud al héroe. Incluso el padre Torres pareció entonces ansioso de convencer a Mina de su amistad cordial y sincera. Tomándolo de la mano exclamó: “Tengo seis mil hombres que poner a sus órdenes.” “Si es así —replicó el general—, marcharé directamente sobre la capital de México.”

Después de que terminó la entrevista y ambos grupos se separaron, el coronel Young observó a uno de sus compañeros: “Me parece

que podemos confiar en la sinceridad de todos los jefes patriotas, excepto en ese padre. No me agrada; la envidia se refleja en su semblante; debemos cuidarnos de él; nos va a engañar; créanme, es enemigo de nuestro valeroso jefe.” ¡Ay!, estas proféticas conjeturas se vieron confirmadas demasiado pronto por la conducta de Torres.

El cuartel general del padre en Los Remedios se hallaba en medio de una comarca que producía en abundancia toda clase de granos. Los habitantes, casi sin excepción, eran afectos a la causa patriota y se hallaban siempre dispuestos y en posibilidad de suministrar cualesquiera víveres y provisiones que Torres requiriera.

La región que rodeaba la base de El Sombrero había sido un tanto asolada y se encontraba apenas cultivada; puesto que Mina pretendía establecer su cuartel en ese fuerte hasta que pudiera reunir y equipar un cuerpo considerable de tropas, se veía obligado a depender del buen manejo y de las promesas de Torres de suministrarle todas las provisiones necesarias. Pero, para no causarle ningún inconveniente al padre y conseguir suministros rápidamente, le entregó *ocho mil pesos* para que los empleara en el aprovisionamiento inmediato de El Sombrero, lo que Torres prometió llevar a cabo en unos cuantos días. Los jefes decidieron entonces que se tomarían las medidas más activas para poner en pie de campaña, lo más rápido posible, un ejército bien entrenado. Torres le aseguró a Mina que podía descansar perfectamente tranquilo; que esto se lograría pronto y que él podía conseguir huestes de reclutas en los pueblos⁶ y ranchos bajo su control, y asimismo afirmó que tanto él como sus subalternos tenían ciertos lotes de fusiles que habían enterrado.

Todo esto pareció muy bien al espíritu franco y confiado de Mina; no soñaba siquiera que este hombre pudiera deliberadamente decidirse a engañarlo y a arruinar la causa que ambos habían abrazado. Se lisonjeaba con que un conocimiento mutuo más íntimo de los puntos de vista de ambos fortalecería su amistad, y se resolvió a hacer cuanto estuviera en su poder para demostrarle a Torres la gran confianza que en él tenía. Así, ordenó al coronel Novoa que procediera a Los Remedios y allí, bajo la mirada y con la cooperación del padre, organizara y disciplinara a las tropas que se reclutarían.

Después de permanecer algunos días en El Sombrero ocupado en la formación del futuro plan de operaciones, Torres, con su estado mayor, los gobernadores, etcétera, acompañado por el coronel Novoa y los ocho mil pesos, regresó a Los Remedios.

⁶ “pueblos” en español en la edición de 1820.

Mina escribió al comandante español de la población de Lagos⁷ con el propósito de lograr la libertad del teniente Porter, quien (como ya dijimos) había sido hecho prisionero la noche anterior a la unión con los patriotas. A cambio de la entrega de su oficial, Mina ofreció *cualquier número* de prisioneros que tuviese. Se recibió una carta muy atenta del comandante (cuyo nombre infortunadamente se nos ha escapado) en la que expresaba su pesadumbre por el curso tan inhumano de la guerra y lamentaba su incapacidad para decidir sobre este intercambio sin consultar a su jefe superior, a quien de inmediato había transmitido la propuesta. A los pocos días se recibió otra carta que informaba que el comandante en jefe de la provincia (suponemos que don José de la Cruz) no sólo se había rehusado a libertar al oficial de Mina bajo cualquier condición sino que expresamente había prohibido al comandante de Lagos que tuviera comunicación alguna con un *rebelde*. Así se vieron frustrados los esfuerzos del general por salvar a su oficial, y el gobierno español, antes que entregar a un hombre de acuerdo con las prácticas de la guerra civilizada y con los principios de humanidad, prefirió arriesgar el sacrificio de *doscientos españoles prisioneros*, entonces en poder de Mina, pues había razones poderosas para suponer que serían fusilados. Cuando los prisioneros españoles fueron informados de la cruel e impolítica respuesta del comandante general, profirieron execraciones en su contra, así como contra su bárbaro gobierno. Si estos prisioneros hubieran estado en poder del padre Torres, sin dudar un instante los hubiera fusilado a todos, y aquellos que ahora viven deben reconocer que adeudan por entero su existencia a la generosidad de Mina.

Hemos sabido después que el teniente Porter fue enviado a *San Blas*, desde donde se le deportó a un presidio en Manila⁸ para trabajar en las fortificaciones o quizá a perecer en los calabozos de la fortaleza, suerte que usualmente corren quienes son enviados a dicho lugar.

La conducta de Mina con los prisioneros muestra ciertos rasgos de política y de humanidad que merecen especial mención. Los aprehendidos en la acción de *San Juan de los Llanos* fueron tratados con la mayor bondad posible, y los heridos que había entre ellos encontraron las atenciones incesantes de los cirujanos. Esta conducta del general resultó totalmente inesperada para las tropas realistas y las llenó por igual de admiración y de gratitud. La simple acción de haber recogido a algunos heridos del campo de Peotillos produjo las más importantes results en favor de Mina entre los realistas, en especial entre las tropas europeas. Sus alabanzas resonaron por todas sus filas, las que conocieron

⁷ El nombre del comandante realista de Lagos era Hermenegildo Revuelta.

⁸ "Manilla" en la edición de 1820.

entonces que mientras se enfrentaran a Mina no peleaban por sus vidas, como hasta ese momento había sucedido, y que si la suerte de la guerra los arrojaba en sus manos serían tratados como hombres y como soldados. Después hemos sabido por varios desertores que las tropas realistas hacían del general un tema frecuente de conversación, y muchas de ellas habían decidido que cuando volvieran a encontrarse con su división harían tan sólo la pretensión de pelear y aprovecharían la primera ocasión para unirse a sus banderas. Los prisioneros tomados en la acción de San Juan de los Llanos habían expresado a menudo su deseo de incorporarse a la división de Mina. Éste se hallaba entonces ansioso de aumentar sus fuerzas por cualquier medio a su alcance y, como el dinero tomado en la hacienda del Jaral le brindaba los medios necesarios para equiparlos, se dirigió a los prisioneros en la forma adecuada, ofreciendo recibir a todos aquellos que voluntariamente se alistaran bajo sus banderas y declarando al mismo tiempo con generosidad que quienes no se sintieran del todo dispuestos a cumplir con sus deberes de soldados de la república serían provistos de pasaporte para regresar a sus casas y se les daría dinero para sus gastos. Con una explosión de alegría y de gratitud aceptaron la oferta de Mina y, con excepción de cuatro o cinco individuos, todos estuvieron de acuerdo en unírsele, por lo que prestaron juramento y se alistaron en el Primer Regimiento.⁹ Estas tropas fueron una adquisición de gran importancia. De varias partes de la región también acudieron nuevos reclutas a El Sombrero, así que Mina vio entonces que se abría la posibilidad de levantar pronto un buen regimiento de infantería, siempre y cuando el enemigo permaneciera inactivo durante unas cuantas semanas más.

Algunos de los oficiales más experimentados de la Guardia de Honor fueron transferidos al Primer Regimiento y el coronel Young fue nombrado inspector general de la provincia. La administración de la división se organizó y estableció de nuevo; se dio a las tropas un porcentaje de la paga y la satisfacción reinó entre ellas; cada hora aumentaba la confianza que tenían en su valiente jefe y todo era llevado a cabo con orden y rapidez. Se enviaron agentes, con fondos suficientes, a Querétaro, a México y a muchas de las poblaciones donde había industrias para comprar telas, ropa blanca y demás cosas necesarias para los soldados y los oficiales. En Villa de León se hicieron contratos con los realistas para suministros de zapatos y sombreros, y se erigió un arsenal en el fuerte. Los sastres de la división y muchos de los nativos se emplearon en hacer uniformes, se estableció una armería bajo la dirección de

⁹ Bustamante registra los nombres de dos de ellos, el oficial Roque Flores, del Regimiento de la Corona, y el cadete Anastasio León Agustino (C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. IV, p. 388).

un oficial de la Guardia de Honor y, de hecho, se tomaron otras disposiciones que no sólo denotaban el talento y la previsión del general sino el celo y la buena conducta de sus oficiales y soldados.

De Villa de León y de la región contigua se suministraron todos los artículos necesarios y aun de lujo y, como la división tenía mucho dinero, pronto se tuvo en el fuerte un mercado igual o quizá superior a cualquiera de los de las poblaciones realistas de las llanuras.

En lo alto de una roca árida y en el apogeo de su alegría, las tropas se entregaban a visiones de futura gloria. Los esfuerzos y los éxitos pasados servían de estímulo para alcanzar nuevos laureles, y esperaban con ansiedad el día en que los preparativos que hacían les permitieran iniciar su marcha hacia la capital mexicana.

La satisfacción general que reinaba entre los oficiales y soldados de Mina se vio interrumpida por la mezquindad y avaricia de don Pedro Moreno, comandante del fuerte. Este individuo sin principios dedicó todos sus pensamientos y acciones a acumular dinero.

Una gran parte del tomado en Pinos estaba en moneda regional de Zacatecas, acuñada en esa ciudad para circular, cuando se interrumpió la comunicación entre las provincias del norte y las del sur. Su metal era particularmente puro, pero desde que la comunicación se había restablecido, como la moneda estaba mal acuñada, sólo se aceptaba en las ciudades grandes, donde se conocía su valor intrínseco real. Este dinero regional brindaba una posibilidad de especulación demasiado atractiva para que escapara a la atención del avaricioso don Pedro, cuyo objetivo principal, lo mismo que el de casi todos los jefes patriotas bajo el mando de Torres, era el de conseguir dinero sin importar los medios.

Así, pues, publicó una proclama que declaraba que los pesos de Zacatecas sólo se aceptarían a cuatro reales (cincuenta centavos). Esto afectó de manera muy sensible a aquellos soldados que tenían esa clase de monedas. Pronto se descubrió que don Pedro, quien tenía el capital más grande del fuerte, las compraba al precio antes mencionado y las enviaba a León o a Lagos, donde recibía por ellas su valor real, obteniendo así el cincuenta por ciento de ganancia a costa de los soldados. También se ha confirmado que don Pedro y sus oficiales, aprovechándose de la ignorancia de las costumbres y del idioma de los recién llegados, monopolizaban en el mercado muchos de los artículos indispensables y los revendían a las tropas al doble de lo que habían costado.

Se informó a Mina de este vergonzoso tráfico pero, como no deseaba interferir con las reglas locales del fuerte, del que Moreno era comandante, y como no consideró que fuera el momento apropiado para entrar en una disputa con él, pareció no darse cuenta de la transacción.

Sin duda resultará extraño para el lector el que los patriotas pudieran conseguir provisiones en las poblaciones realistas con tanta facilidad, pero se explica como sigue.

Tanto los realistas como los patriotas eran muy sensibles a sus intereses personales. Los primeros sabían que, a menos que mantuvieran con los segundos un tráfico continuo, los habitantes de las poblaciones se verían expuestos a morir de hambre. Los patriotas tenían bajo su control a los campesinos y lo que éstos producían, rondaban continuamente cerca de las poblaciones, recorrían cada vereda y atajo en pequeñas partidas y se hallaban siempre en alerta. El enemigo sólo podía hacer salidas en fuertes divisiones y tenía miedo de separarse para perseguir a los insurgentes, mientras que éstos, al acercarse una división enemiga, se retiraban a poca distancia del camino y, tan pronto como los realistas desaparecían o regresaban dentro de los muros de las poblaciones, bajaban de nuevo a continuar su labor de molestarlos. Al adoptar esta manera de hacer la guerra evitaban que entrara cualquier cosa a las poblaciones realistas, a menos que contara con un pasaporte. Los comandantes de ambos partidos consideraban de su interés el conceder estos pasaportes, pues por semejante medio los realistas recibían provisiones y los patriotas artículos de lujo. Así se estableció un tráfico recíproco y ambos bandos impusieron fuertes contribuciones a lo que entraba o salía de las poblaciones. Las ventajas que resultaban para los realistas de este comercio eran mucho mayores que las que obtenía el partido contrario, pues al recibir provisiones se hallaban capacitados para mantener sus posiciones, que era lo más importante. Su comercio prosperaba y aumentó, aunque en pequeña porción, la renta pública. Despojaban así a los patriotas de su efectivo y, en suma, todo ello tendía a desmoralizarlos y a apresurar su sometimiento. Por otro lado, los patriotas recibían algunas manufacturas y artículos de lujo que no les eran indispensables bajo ningún concepto, y en las últimas etapas de la revolución la renta proveniente de este tráfico impolítico, en vez de aplicarse al bien del país, iba a parar a los bolsillos de los comandantes y sus satélites.

Con frecuencia los patriotas tuvieron en sus manos el poder, literalmente, de hacer morir de hambre a los realistas. En ocasiones, algunos comandantes patrióticos decidieron llevar a cabo este plan, pero sus esfuerzos fueron inútiles por la falta de unión entre los demás comandantes, ya que mientras uno prohibía la entrada de provisiones en una población realista, el otro concedía pasaportes para que se introdujeran en algún otro lugar.

Durante la revolución, la ciudad de Valladolid se halló en cierta ocasión reducida al último extremo, pues los patriotas habían prohibido que

entraran en ella provisiones de cualquier tipo. Hasta el carbón se había vuelto tan escaso que las mujeres de fortuna acostumbraban ir en sus coches a los alrededores de la ciudad con el propósito de encontrarse con individuos atrevidos que hubieran tenido la fortuna de escapar a la vigilancia de los patriotas y de haber traído unas cuantas cargas de carbón. Las discusiones surgían por la distribución de este artículo y cuando una persona obtenía media carga, ya fuera por súplicas o por compra, se consideraba muy afortunada. Sin embargo, el comandante republicano del distrito deseaba obtener dinero y lo consiguió concediendo licencias. La ciudad fue entonces abastecida de provisiones y aliviada de su escasez.

En los últimos tiempos esta clase de comercio entre los partidos contendientes se volvió tan general y sistemática que casi no había un jefe realista o patriota que no amasara una mayor o menor fortuna con estas licencias. Éste es el único rasgo suave que se nota en el curso de la revolución; pero, como proviene del detestable principio de la avaricia, no debe considerarse como un intercambio social, porque los mismos individuos que traficaban entre sí fusilaban a sus respectivos prisioneros a sangre fría y cometían unos con otros las más salvajes crueldades.

El general Terán, a quien ya hemos mencionado por sus extraordinarios talentos, había propuesto a Victoria y a Osorno, en el año de 1816, un plan para apoderarse de la ciudad de Veracruz, marchando sobre ella con sus fuerzas unidas y tomando posiciones tales que hubieran evitado eficazmente que entraran provisiones a esa ciudad. Conocía que la imprevisión del gobierno español era tal que no tenía reservas en Veracruz, y que una considerable población dependía del comercio con el campo para su diaria subsistencia; por supuesto que si este tráfico se hubiera interrumpido repentinamente la capitulación de la ciudad hubiera sido inevitable, porque no podrían conseguirse auxilios por el mar para remediar a tiempo el mal.

Hemos sido informados por realistas conocedores de la ciudad, y por nuestro conocimiento personal de su condición dependiente en cuanto a provisiones, sabemos que es un hecho que si se hubieran seguido los planes de Terán la plaza hubiera capitulado en quince o veinte días, sobre todo porque en ese entonces la gran masa de sus habitantes (a excepción de los españoles europeos y de los oficiales del gobierno) estaba dispuesta a sublevarse en el momento en que se acercara una división respetable de patriotas. La envidia que Victoria y Osorno tenían a Terán fue la sola causa de que este último no pusiera en ejecución su plan.

Hemos sido prolijos al relatar estos hechos porque sirven para ilustrar nuestra observación anterior de que hasta ahora el gobierno español debe



por completo su existencia en México a la *ignorancia, celos, ambición y venalidad* de algunos de los jefes patriotas, y que si éstos hubieran dirigido sus esfuerzos mediante la unión y la organización hubieran podido alcanzar, en cualquier momento desde hace casi siete años, la libertad de su país.